

Embajador en Ecuador

Como indicado en diciembre 1994 fui designado Embajador en Ecuador, responsabilidad especialmente honrosa, precisamente porque la historia de nuestras vinculaciones, desde la independencia, ha sido sumamente compleja y los intentos de estabilizar su curso se frustraban recurrentemente. Como otros diplomáticos peruanos, tuve que sostener no pocas discusiones con delegaciones ecuatorianas en ámbitos como la Asamblea General de Naciones Unidas, la OEA, reuniones del Movimiento No Alineado y otros. Por muchos años, los gobiernos ecuatorianos intentaron “internacionalizar el diferendo” con nuestro país y a ello dedicaron tenaces esfuerzos. Nada de eso implicó que yo albergara animosidad alguna hacia el pueblo del Ecuador, el más parecido al peruano de nuestros cinco vecinos. En lo personal fue penoso, porque siempre fui un convencido de que la paz es indispensable y a ello dediqué parte de mi tarea académica sobre seguridad internacional, desarme y fomento de la confianza.

Llegada a Quito

Tras meses de involuntaria demora, viajamos a Quito a asumir nuestras funciones. Fui recibido con toda cortesía por la Cancillería ecuatoriana y su excelente Director General de Protocolo, Embajador Manuel Pesantes, quién había pasado parte de su infancia en el Perú donde su padre se desempeñó con gran distinción como Embajador. Manuel, amigo y muy competente profesional mantuvo siempre la mayor deferencia con nosotros, facilitando en todo lo que estuvo a su alcance nuestra tarea en circunstancias tan peculiares. Soñaba con seguir los pasos de su padre como Embajador en Lima lo cual, lamentablemente no fue posible. En el aeropuerto presenté a la prensa nuestro saludo al pueblo y gobierno del Ecuador y expresé mi disposición a hacer todo lo posible para el mejoramiento de las relaciones.

Pocos días después, tras la visita de estilo al Canciller Galo Leoro para entregar copia de mis Cartas Credenciales, me presenté ante el Jefe del Estado Ing. Sixto Durán Ballén para la ceremonia oficial. En mi alocución, reiteré el propósito del gobierno peruano y el mío personal de no omitir esfuerzo alguno para que las relaciones entre nuestros países y pueblos, que comparten tantos elementos comunes, fueran lo que deberían ser. En mis palabras, como momentos más tarde en declaraciones a los medios de comunicación a la salida del Palacio de Carondelet, hice obligada referencia, en los términos más adecuados posibles, a que el marco de nuestras relaciones bilaterales era y seguiría siendo el Protocolo de Río de Janeiro.

El inicio de funciones en una Embajada implica el establecimiento de contactos con las altas autoridades del Ejecutivo, del Congreso, la Justicia y demás entidades del Estado, pero también la Iglesia, sectores institucionales, académicos, empresariales y sociales. La organización del trabajo mismo de la Embajada en el estilo propio del Jefe de Misión es también prioritaria y se desarrolló con gran satisfacción por la calidad de su personal diplomático y administrativo. La relación con las Agregadurías Militares fue una cuestión más compleja.

Adicionalmente, es propio de la gestión inicial contactar a otros Embajadores y a los organismos internacionales. Ello requirió tiempo; pero fueron ocasiones valiosas. Por otra parte, tuve muy claro que más allá de la buena disposición, cortesía y hasta amistad que

desarrollamos con no pocos de ellos, su tarea era las relaciones de sus países con el Ecuador y no con el Perú. En ese sentido, no cabía hacerse ilusiones acerca de la aceptación de la posición de nuestro país. El lenguaje diplomático da para mucho y, de mi parte, las explicaciones y comentarios que en oportunidades era necesario intercambiar con los colegas extranjeros, no podían recibir más allá de una atenta escucha; ni yo lo esperaba.

En el caso de los Embajadores de los Países Garantes, María Esther Bondanza de Argentina, Osmar Choffi del Brasil, Jorge Burgos de Chile y Leslie Alexander de Estados Unidos, su competencia profesional y su calidad personal facilitaron que mantuviéramos el mejor de los diálogos. Desde luego, ni esperaba ni pedía que estuvieran de mi parte. No era esa su tarea, pero la fluidez del trato y la receptividad a las argumentaciones y preocupaciones que necesariamente intercambiábamos con frecuencia fue muy útil y apreciada por mi parte.

La lectura de diarios y el seguimiento de los medios de comunicación no era una tarea grata, requiriendo algún esfuerzo no verse afectado por el fondo y forma de los mensajes que difundían casi cada día. En fin, era parte del oficio, pero también y principalmente de las circunstancias. Hicimos lo posible por estrechar el relacionamiento con los medios, pero no fue tarea fácil ni su resultado el que hubiéramos deseado. Debimos entender que eran muchos años de costumbre de decir cosas del Perú, acordes con una diferencia que nunca acababa de estabilizarse. Hubo, notables excepciones y se recuerdan con aprecio.

En su momento conocí al General Daniel Mora, representante peruano en la MOMEPE Misión de Observadores Militares Ecuador – Perú, del que tuve la mejor impresión. Su profesionalismo y personalidad sirvieron muy bien a los intereses del Perú. Antes de mi retorno a Lima fue reemplazado por el General O'Connor, también profesional y correcto. Más adelante el General Mora, por decisión política no fue promovido, como habría correspondido, a General de División y debió dejar el Ejército. Desarrolló actividad profesional como ingeniero y también política, llegando mercedamente a ocupar cargos ministeriales y como congresista fue el tenaz promotor de la creación de la Superintendencia Nacional de Educación Universitaria, SUNEDU, ferozmente opuesta hasta hoy por intereses creados que obtenían y obtienen enormes beneficios económicos de una enseñanza de pobre calidad, que produce millares de graduados, bachilleres, magister y hasta doctores, que sin suficientes competencias, no encuentran espacio en el mercado laboral.

Poco después de mi llegada al Ecuador y en base a las muchas conversaciones que sostenía con personas en diferentes ámbitos, empecé a tener la impresión, que fui confirmando con el tiempo, de que el conflicto bilateral ya había recurrido su curso y la posibilidad de una indeseable reanudación de hostilidades era considerada como un desastre por el pueblo ecuatoriano. En no pocas conversaciones se me hizo esta pregunta: “Señor Embajador, ¿Qué hacemos para concluir este conflicto? pero, especialmente, el tono casi angustioso en que se formulaba me convenció que nadie deseaba la continuación de las confrontaciones y menos aún que se volviera al uso de la fuerza; por el contrario, que acabara lo más pronto y de la mejor manera.

Téngase presente que las hostilidades armadas de inicios de 1995 tuvieron consecuencias muy disímiles en el Perú y el Ecuador. En este último país, se produjo un severo impacto económico que afectó a su población. Pero más aún, circulaba la discutible afirmación oficial y especialmente del sector militar, de que por primera vez el Ecuador había derrotado militarmente al Perú, que se intentaba sustentar en el derribo de aviones y helicópteros y

también en nuestra imposibilidad de asegurar que hasta el último soldado u oficial ecuatoriano había sido retirado del territorio nacional. Además, estaba el penoso tema de oficiales y soldados muertos o gravemente heridos, muchos de ellos por la activación de minas terrestres y la indispensable constitución de una misión de los países garantes, la Misión de Observadores Militares Ecuador-Perú MOMEPE, para asegurar la separación de fuerzas y la desmilitarización de vastos sectores de lado y lado de la frontera.

El pueblo ecuatoriano, posiblemente, compartió la idea de que su país había resultado victorioso. Hay quienes afirman que esa impresión, especialmente en el área militar, hizo posible que eventualmente se alcanzara un acuerdo. Pero la gente no podía desconocer el resultado del conflicto en la economía. Su actitud demostraba la preocupación y hasta alarma por la posibilidad de que, en un nuevo conflicto, el resultado fuera diferente; y que pudiera extenderse a uno mayor. Había certeza de la imposibilidad de acabarlo satisfactoriamente o, más claramente, volver a “salir victoriosos”. Quizá también por ello nunca recibimos expresiones significativas de animosidad. Aún en los momentos más difíciles, los llamados a manifestarse públicamente frente a nuestra Embajada no reunieron más de algunas personas ni representaban peligro alguno. En síntesis, no tuve duda que el pueblo ecuatoriano anhelaba una relación de paz y estabilidad con el Perú.

Compra una oficina

El gobierno dispuso la suma de un millón de dólares para adquirir nuevas oficinas para la Cancillería de la Embajada. Fue oportuno y necesario, porque las que ocupó por bastantes años eran impresentables. Se ubicaban en el llamado Pent House de un edificio céntrico, pero era propiamente una azotea. Con excepción de una construcción perimetral de no más de un metro de altura, el resto era triplay, vidrio, falso techo y cartón prensado. El espacio para el personal estaba totalmente turgurizado.

Con más colegas diplomáticos nos pusimos inmediatamente a la tarea, llegando a visitar no menos de docena y media de locales, sin encontrar alguno que pareciera adecuado. Las casas requerían mucha reparación, las oficinas en edificios habrían sido insuficientes y así por delante. Una posibilidad fue la adquisición de espacios en un edificio de 2700 metros recién terminado en la Avenida República de El Salvador, una de las mejores de Quito. Se trataba de una construcción de diez pisos con dos oficinas cada uno, un Pent House residencial y espacio para locales comerciales en la planta baja, amén de plataformas subterráneas para estacionamiento. Todo el exterior era de vidrio reflector y el conjunto era armonioso y elegante. Con su buen humor, el Consejero Manuel Talavera nos hizo reír informándonos que si comprábamos cuatro pisos seríamos propietarios mayoritarios con derecho a cambiar el nombre del edificio a República del Perú.

Poco después recibimos la visita de los propietarios, quienes abiertamente nos propusieron que el gobierno peruano adquiriese todo el edificio. Sorprendidos por este planteamiento, les indicamos que lo que requeríamos eran oficinas; no un edificio. Sin embargo, insistieron en que examináramos la posibilidad de hacerlo. Empezó así un ejercicio de comprensión algo complicado, pues se nos había instruido “a que compráramos oficinas”. A pocos, entendimos que el edificio no solamente serviría magníficamente para oficinas de la Cancillería, sino que haría posible realizar actividades hasta entonces impensables como exposiciones comerciales o de arte, conferencias, atenciones oficiales y otras.

A partir de ahí hubo que trabajar en dos frentes. Con nuestra Cancillería, tratando que entendiera lo que nosotros habíamos concluido por entender. En las conversaciones con mis superiores, siempre cordiales, se me recordaba que lo que me habían pedido buscar eran oficinas y no todo un edificio, pero cuando se entendió la propuesta, el Viceministro Embajador Jorge Voto Bernales se convirtió en su mayor apoyo. El otro frente eran los propietarios, que obviamente solicitaban un monto bastante mayor al asignado. También aquí fue necesario una delicada labor de explicación. Recuerdo que, en una de las reuniones, coloquialmente les dije algo como que en nuestra Cancillería había una sección que disponía de un millón de dólares para la compra de un local. Pero si les compraba el edificio o cualquier local insignificante no era su tema y que, de no invertirse el dinero hasta el 31 de diciembre, revertiría al Tesoro Público; cerrando la posibilidad de cualquier operación inmobiliaria.

Tuvimos información de que los propietarios habían contraído deuda hipotecaria por alrededor de USD 600,000 para la construcción del edificio, que ya se encontraba totalmente terminado. El problema fue que el conflicto de comienzos de ese año tuvo el impacto económico ya mencionado, por lo que no pudieron vender ningún espacio y se encontraban sumamente apretados. Pero había otros temas. Les dije que necesitábamos certeza de la viabilidad de la operación que estábamos negociando y para ello asumiríamos el costo de verificaciones de ingeniería y de legalidad. Hicimos venir de Lima un ingeniero que comprobó que el edificio reunía todas las condiciones de construcción y funcionamiento. Del mismo modo, contratamos una firma de abogados locales, que confirmó que el local no presentaba inconveniente de ningún tipo para ser adquirido por el Gobierno del Perú.

Siendo evidente que la suma de que disponíamos era inferior al valor del edificio, con los funcionarios propusimos a nuestra Cancillería ceder, previa valorización, la propiedad de la oficina que ocupábamos en la azotea. Con la necesaria autorización y estimada en USD 90,000, la ofrecimos a los constructores como un mejoramiento de nuestro precio. Como no se llegaba a alcanzar un acuerdo, les manifestamos que, de cerrarse un trato dentro de nuestras posibilidades financieras, propondríamos al gobierno que les encomendara los indispensables trabajos de adaptación del edificio a las funciones de Cancillería de la Embajada. Dejamos claramente establecido que no estábamos asumiendo compromisos de ningún tipo y que era posible que el gobierno buscara otras opciones.

Tras nuevas explicaciones, logramos un acuerdo en los términos indicados y con los poderes otorgados por el gobierno, suscribí en Notaría los documentos legales con participación de los propietarios, el banco prestamista y la autoridad registral de Quito. El trámite tomó varias horas, pues en el acto los vendedores debieron transferir gran parte de lo recibido por el monto del préstamo hipotecario más los intereses. En las semanas siguientes y con el permanente apoyo del Viceministro Voto Bernales y la Subsecretaria de Administración Embajadora Martha Toledo Ocampo y la intervención profesional de la arquitecta peruana María Lucía Rivera, se iniciaron las tareas de adaptación más otras de seguridad como un muro blindado, que la Cancillería muy adecuadamente confió a los constructores. El cambio fue espectacular, las oficinas fueron adecuadamente distribuidas. Cada Agregaduría dispuso de medio piso y el consulado General, instalado en la Planta Baja. Tuvimos una sala de exposiciones y un auditorio amplio y funcional para bastante más de cien personas.

El gobierno del Perú se hizo de la mejor oficina de Cancillería de Embajada que tenemos en el mundo y, juntamente con la de Estados Unidos, son las más amplias y funcionales en Quito. Muchos visitantes nacionales se mostraron encantados y se interesaron por distintos

detalles, incluyendo el precio. Al conocerlo no ocultaban su sorpresa, aunque la explicación no era difícil. Se había hecho con la mejor disposición y mucho empeño, absoluta transparencia y se aprovechó una circunstancia especialísima e irrepetible. Carpe Diem. Disfruté apenas pocas semanas de nuestras estupendas y envidiadas instalaciones, pues el nuevo Canciller Eduardo Ferrero dispuso mi traslado Lima, para que sirviera a su lado como Viceministro y Secretario General de Relaciones Exteriores.

Discusión con el Canciller

Comprensiblemente, el trato con las autoridades ecuatorianas era lo que difícilmente habría podido ser diferente en esas circunstancias. Desde luego, entre profesionales las maneras no se perdieron, pero la cosa no iba mucho más allá. Hubo excepciones, como el distinguido Embajador Diego Rivadeneira y su esposa Ángela, que fue nombrado Viceministro y que hasta en momentos muy complicados nunca dejó de mostrarme la mayor consideración. Me cupo seguir trabajando continuamente con él cuando retorné a Lima como Viceministro. Más tarde sirvió por años en Lima, para satisfacción de todos quienes los conocieron.

El trato con las autoridades militares fue también cortés en toda circunstancia, e inclusive compartí con ellos en actividades oficiales que se realizaban con nuestros agregados castrenses o bien en recepciones que ofrecíamos con frecuencia. Recuerdo que hacia el final de mi gestión acudieron a alguna ceremonia en los salones de nuestra novísima oficina y me preguntaron sobre la parte del edificio que ocupaba nuestra Cancillería. Cuando indiqué que todo el edificio era nuestra oficina, no pudieron ocultar su sorpresa. Expliqué que el propósito de acondicionar el magnífico local era precisamente para que funcionara como un centro de actividades, más que una simple oficina, que estuviere a la altura de la calidad de las vinculaciones que el Perú deseaba mantener. Tras cierto asombro por la dimensión y calidad de nuestras instalaciones, sus reacciones fueron de satisfacción.

La excepción, fue alguna actividad en la Embajada del Brasil, en la cual un alto oficial hizo un discurso con insinuaciones que no servían sino a satisfacer su ego. No fue ciertamente un momento grato, pero rechacé el impulso de retirarme sin más, entre otras cosas porque hubiera sido darle gusto. Esa misma tarde el Embajador brasileño me visitó para expresarme su pesar y entre los buenos amigos y colegas que éramos, comentamos que en nuestra actividad era a veces inevitable “comer sapos”. El oficial fue jubilado poco después y nuestras tareas, que era lo importante, continuaron hasta su final.

Los momentos más sensibles e irritantes fueron una discusión con el Canciller Galo Leoro y un ataque a la nueva sede de nuestra Cancillería. Dentro de las variadas situaciones e incidentes más o menos serios que se producían con nuestros nacionales, figuraban particularmente las de un puesto fronterizo llamado “El Telégrafo” de ingrata recordación para quienes no eran atendidos correctamente, a veces retenidos y hasta maltratados. Eran situaciones que manejaban de modo eficaz y diligente nuestros cónsules en Ecuador Enrique Belaúnde en Guayaquil, Jorge Tello y César Jordán en Quito y Julio Rosado en Loja. Desde luego, también eran referidos por la Embajada al Gobierno ecuatoriano por medios diplomáticos formales y ciertamente informados minuciosamente a nuestra Cancillería.

Entre esas situaciones, la de un peruano detenido y conducido al hospital militar de Quito, en condiciones de salud que no pudimos verificar, fue especialmente penosa. Nuestro Cónsul nos informó que había contactado a esa persona y poco después supimos que ya no se encontraba en dicho hospital. Se inquirió a las autoridades ecuatorianas sobre lo ocurrido

y la respuesta fue que posiblemente se había escapado. Obviamente, que un peruano detenido y llevado al hospital militar simplemente se escape, es impensable. Agotada la gestión consular y debiendo viajar en pocas horas a Lima, llamé al Canciller a expresarle nuestra alarma por lo que podría ocurrir con el ciudadano peruano. Al insistir en la misma inaceptable explicación, el tono de la conversación fue subiendo y la concluí, ya sumamente irritado, haciendo responsable a su gobierno y a él por lo que pudiera ocurrir con nuestro compatriota, precisamente por haberse verificado que estaba detenido en una instalación militar. Lamentablemente, a pesar de insistentes y justificadas protestas no hubo manera de conocer el paradero de esa persona y nunca hubo explicación válida de lo que podría haberle sucedido. Sea como haya sido, no podría ser motivo de orgullo ni para el gobierno del Ecuador ni su Ejército.

Poco antes de que ocupáramos el edificio, cuya remodelación y equipamiento se encontraban casi concluidos, en la madrugada del Día del Ejército Ecuatoriano un grupo de personas “ametrallaron” el local. Felizmente aún no había nadie en su interior, pero las balas destrozaron buen número de los paneles de vidrio reflectante de la fachada e impactaron también varios muebles. Este inexplicable acto de barbarie nos produjo gran indignación. Aún furioso conversé con el Embajador Hugo de Zela, Jefe de Gabinete del Ministro y la Cancillería peruana citó al Embajador ecuatoriano para protestar en los términos más enérgicos, especialmente por la posibilidad de que el ataque hubiera podido producir daños personales o más. Obviamente, el gobierno ecuatoriano ofreció investigar los hechos; lo que obviamente nunca produjo ningún resultado. Ignoro que habrían hecho las autoridades militares y políticas con un grupo que curiosamente el Día del Ejército del Ecuador, ataca con nocturnidad y empleando armas de guerra a la Embajada del Perú. Quisiera pensar que no han sido premiados, pues no creo que un acto violatorio de las más antiguas y consistentes obligaciones del derecho diplomático, cuales son el respeto a la vida de los enviados y a los locales donde trabajan o residen, tenga nada que hacer con el honor del Estado y el patriotismo; y sí mucho con la bajeza y cobardía.

Actividades culturales y sociales

Participamos en muchas actividades institucionales, culturales y sociales y por nuestra parte recibíamos frecuentemente con el mayor esmero a centenares de diplomáticos, funcionarios, militares, empresarios, periodistas, académicos y otras personalidades. Especial dedicación requirieron las dos celebraciones de la Fiesta Nacional del Perú, en las que me correspondió la grata tarea de preparar la base del Pisco Sour, lo que requirió trabajar desde la madrugada con una decena de licuadoras. En la segunda, pocos días antes de mi retorno al Perú, asistió el entonces Presidente de la República Fabián Alarcón.

Tratamos de realizar las actividades culturales posibles, consiguiendo presentar algunas exposiciones de pintura y en el cortísimo tiempo que trabajé en la nueva Cancillería, se organizaron varias conferencias y actividades. Recuerdo especialmente la presentación de Felipe Ortiz de Zevallos y otros amigos de un precioso libro de fotografías denominado Perú – Ecuador. Lo especial de esta publicación es que las láminas tenían número, pero su descripción se encontraba solamente al final del libro. El asunto era reconocer si las fotos de paisajes, monumentos, espacios urbanos, comidas y esencialmente de personas, habían sido captadas en Perú o en Ecuador. La idea, perfectamente plasmada en el libro, era mostrar que, de los cinco países vecinos del nuestro, ninguno es tan parecido como el Ecuador. Otras presentaciones fueron la de nuestro recordado poeta Antonio Cisneros y la lectura de cuentos, por cierto, magníficos, de nuestro Consejero Carlos Herrera, todas ellas

con lleno total de nuestro flamante auditorio, siempre seguidas de Pisco Sour y bocaditos peruanos. A Quito, como lo habíamos hecho una antes en Brasilia y Francia, lo hicimos finalmente en Japón, nos preocupamos de llevar importantes cantidades de Pisco, vinos y espumantes de la firma Tacama, que tenía la gentileza de etiquetar las botellas con la leyenda “Embotellado para la Embajada del Perú en...” y el Escudo Nacional. Espero que se siga haciendo en nuestras Embajadas.

Sirve el tenis

Sí; y en oportunidades bastante. Me hice miembro del Buena Vista Tenis Club, ubicado a diez minutos de la oficina o de la casa. Las circunstancias aconsejaban tener un espacio donde las preocupaciones fueran diferentes. Y acerté, porque era necesario hacer ejercicio, y pude verificar en muchas conversaciones, que no existía ningún ánimo ni interés en la prolongación indefinida del conflicto con el Perú. No extraña que cuando se podía, me escapara a ese grato local. Era bien recibido, tomaba clases de tenis, jugaba regular pero con entusiasmo, me hacía cortar el pelo y tomaba un refresco o colación. Su masajista, Cecilia, fue la mejor que nunca tuvimos y Kille y yo recurrimos a sus servicios, por su competencia profesional y porque sin evidenciarlo nunca, era consciente de nuestra situación. La recordamos con gratitud y aprecio.

Con mis jóvenes colegas de la Embajada y el Agregado Policial Capitán PNP E. Vásquez, exploramos la idea de hacer un torneo de tenis, la cual fue favorablemente recibida por los directivos del club que nos dieron su apoyo. Conseguimos para premio que la Casa Camusso obsequiara una figura de plata alusiva. Kille diseñó el logo de las camisetas para los participantes, integrando los colores peruanos y ecuatorianos con los símbolos del tenis. Separada la mañana de un sábado, el campeonato de individuales se desarrolló en el mejor ambiente y participaron numerosos miembros del club e invitados. Para su grata sorpresa, al final los agasajamos con pisco sour y bocaditos peruanos, tan apreciados en Ecuador como en todas partes. Esa agradable mañana no cambió el curso de la historia. Pero fue otra actividad demostrativa, de nuestra disposición de reiterar que la naturaleza de nuestras relaciones no estaba condenada para siempre. Diplomacia es también perseverancia y ninguna oportunidad está de más. Roma no se hizo en un día.

El hogar de la Madre Rafaela

Poco después de llegar a Quito, la Secretaría me informó de la presencia de dos religiosas peruanas que deseaban saludarme. Desde luego las recibí inmediatamente, no sin curiosidad por lo que podría tratarse. Las madres Francisca Landeo, y Ana Julia Antón me explicaron que pertenecían a la Congregación de Agustinas Hijas del Santísimo Salvador y comentaron la historia y la razón de su visita. Rafaela Veintemilla fue la hermana mayor de un Presidente en la segunda mitad del siglo XIX. Era una familia complicada, de la que ella tuvo que hacerse cargo durante mucho tiempo. Veintemilla fue un Presidente frívolo y desastroso. Eventualmente destituido, buscó refugio en el Perú. Rafaela, ya con 59 años decidió que había hecho suficiente por la familia y siendo mujer profundamente religiosa y de honda vocación de apoyo a los más necesitados, decidió seguir su propio camino. Eso sucedió tras la guerra con Chile y la ocupación de Lima por el ejército invasor. En una situación política, económica y social desastrosa, Rafaela emprendió la tarea de recoger de la calle niñas y jóvenes en grave riesgo, que inclusive eran prostitutas.

Con grandes dificultades organizó lo que sería un hogar para esas niñas, rogando apoyo en todas partes y consiguiendo lo indispensable para ayudarlas a sobrevivir. Hasta su muerte años después, solamente conoció la pobreza. Con ayuda de algunas damas peruanas se mantuvo la obra iniciada y se estableció la Congregación citada, que adoptó como patrona a esa noble figura. La Orden decidió que, con el ejemplo de la fundadora, su tarea principal debería ser exactamente esa: recoger a niñas en peligro e integrarlas en hogares donde las protegían, educaban, y preparaban para que tuvieran la vida que todas las niñas merecen. Como hogar, nunca hubo obligación de que las jóvenes lo dejen a cierta edad, sino que lo hacen en el momento que crean estar preparadas para seguir sus propios caminos.

Con los años la congregación creció y con celo misionero se extendió en Lima y posteriormente establecieron también hogares en otros países. Su esperanza era que eventualmente, se reconociera a la fundadora como Santa y con un esfuerzo consistente han logrado ya obtener la beatificación de la que se reconoció como Madre Rafaela de la Pasión Veintemilla. La visita fue también para invitarme a conocer el hogar que habían establecido en Quito, porque consideraron que habiendo la fundadora iniciado su labor carismática en Lima, era deber de sus sucesoras hacer lo mismo en Ecuador. Desde luego, había en esa voluntad, además de la caridad cristiana, un símbolo de lo que debía ser nuestra relación.

En la más próxima oportunidad fuimos con Kille a conocer el hogar, en un modesto barrio de la periferia Quiteña donde ya habían conseguido que se les concediera un terreno y en una sencilla construcción albergaban, en ese momento, hasta catorce niñas incluyendo algunas muy pequeñas. Y se ocupaban de todo, es decir, las alimentaban, vestían, llevaban a los colegios y a los médicos, gestionaban con el Obispado la regularización de sus temas legales, o sea las trataban efectivamente como hijas. El hogar era conducido por Ana Julia Antón e Irma Berrú, inolvidable religiosa de las alturas de Piura, pura energía y esfuerzo. La madre Landeo residía en Lima y se encontraba visitando el hogar para verificar su estado y sus necesidades.

La cosa era tan noble que no había forma de no hacernos muy amigos y tratamos de apoyar de alguna manera, al igual que otros funcionarios de la Embajada, así como el Agregado Policial Capitán Edilbrando Vásquez y su esposa a quienes llamaban cariñosamente Nena y que siendo psicóloga ayudó a las niñas. Fuimos frecuentemente a visitar el hogar de la Madre Rafaela y para nosotros, en la circunstancia de representar un país con el que las relaciones eran críticas y hasta considerado hostil y enemigo, los momentos que pasamos con las religiosas y las niñas eran un regalo de paz y serenidad que nos hacía mucho bien.

Las religiosas de la congregación continúan su infatigable labor sosteniendo albergues en Lima donde acogen a centenares de niñas, pero también en Arequipa, Quito y hasta en Mozambique. Nos sentimos honrados y agradecidos de que se haya mantenido la amistad que nos brindaron y siempre que podemos verlas en Lima es para nosotros una alegría. Nos sentimos endeudados, porque en momentos de especial tensión o desánimo, la cercanía de esas religiosas y su silenciosa tarea y sus oraciones nos recordaban todo lo que de mejor pueden ser y hacer los humanos.

La política ecuatoriana

Los dos años de mi gestión en Quito, estuvieron también enmarcados por la política interna. El Presidente Sixto Duran Ballén fue sucedido en elecciones legítimas por el populista

guayaquileño Abdala Bucaram, personalidad muy excéntrica y su manera de gobernar podría llamarse pintoresca. En lo que nos toca, debe reconocerse que fue cuidadoso en el manejo de la relación. Mantuvo como Canciller al Embajador Galo Leoro, no se produjo incidente fronterizo digno de mención; y hasta realizó una visita a Lima marcada por expresiones recíprocas de buena voluntad y disposición.

Sin embargo, la presidencia del personaje populista y bastante imprevisible, era intolerable para otros sectores políticos. A los pocos meses, organizaron una “destitución” por incapacidad moral, que fue en realidad un golpe de Estado, encabezado por Fabián Alarcón, Presidente del Congreso y Jamil Mahuad Alcalde de Quito y con “neutralidad” claramente favorable de las fuerzas armadas. Alarcón asumió la Presidencia de la República. Fue así como, en dos años exactos, mi gestión se desarrolló con tres Presidentes. En fin, ya con un nuevo Canciller, el distinguido diplomático e internacionalista José Ayala Lasso quién fuera Embajador en el Perú y Alto Comisionados para Derechos Humanos de Naciones Unidas, el proceso continuó hasta su culminación un año y medio después.

Los contactos de alto nivel

El Presidente Fujimori viajó a Quito para participar en una cumbre de la CAN. El evento transcurrió normalmente y el trato recíproco con el Presidente Durán Ballén fue de la mayor corrección. Y a quien con su visita al Perú, ciertamente mejoró el ambiente de la relación. Alberto Pandolfi, Presidente del Consejo de Ministros, representó al país en la toma de posesión de Bucaram.

Al nivel de Ministros, el Canciller Leoro y su delegación sostuvieron una reunión de trabajo en Lima con la contraparte encabezada por el Canciller Francisco Tudela van Breugel-Douglas y participación de las representaciones de los países garantes del Protocolo de Río.

Más adelante, similar reunión se realizó en Quito. El programa incluía un almuerzo en la Embajada del Perú. Como las discusiones en la Cancillería estaban en un momento muy sensible, se decidió continuarlas en el lugar. Hicimos llevar de la residencia todo lo preparado, inclusive al personal de servicio, lo que fue muy apreciado. No es usual, pero fue grato que se hiciera en la Cancillería de otro país. Pasan cosas.

En su momento, el Canciller Ferrero sostuvo reuniones con el nuevo Canciller ecuatoriano José Ayala Lasso, las que se incrementaron en las etapas finales, particularmente en las capitales de dichos países. En mi caso, también me correspondió viajar a las cuatro capitales para distintos tipos de reuniones, siempre en relación con el proceso en curso.

Comprensiblemente, con sus altos y bajos, todas esas numerosas reuniones fueron útiles al avance del proceso, en la medida que permitían clarificación de las posiciones, superación paulatina de diversas dificultades y trato personal entre los actores.

Team work

Tuve la suerte de contar con personal diplomático de primera categoría. El ministro Raúl Patiño, tempranamente desaparecido cuando años después ocupara mercedamente el cargo de Viceministro de Relaciones Exteriores, fue de enorme ayuda. A su calidad profesional unía corrección personal y presentación impecable, incluyendo los anteojos que Kille decía que brillaban de lo límpidos que los mantenía.

Seguían el Consejero Manuel Talavera quién tenía mucho sentido del humor. El Consejero Carlos Herrera conocido escritor, poseía también un humor muy sutil y el Secretario Vitaliano Gallardo a quién había conocido en la Embajada en París, cuando él realizaba estudios en Francia. Cecilia Campana y Pilar Matallana, funcionarias administrativas, fueron también excelente apoyo, al igual que Rómulo Díaz, destacado de la Dirección de Comunicaciones de nuestra Cancillería. El Cónsul en Quito era Jorge Tello, reemplazado más adelante por Cesar Jordán. Todos actuaron con impecable profesionalismo.

Raúl Patiño, fue llamado a Lima y reemplazado por el Ministro Javier León Olavarría que ya había sido Secretario de la Embajada en Ecuador, se manejaba muy bien en el medio y tuvo también la mejor actuación profesional y personal. Su esposa Corina Isabel, era hija de Juan José Calle quién fuera gran Embajador y amigo, y designado miembro del Tribunal Andino de Justicia con sede en Quito, tuvo muy destacado desempeño. Era gran alegría encontrarnos acompañados de tan valiosos amigos. Con su empeño pudimos hacer cantidad de cosas y a todos ellos y sus esposas, cuya colaboración era muy eficaz les guardamos afecto y reconocimiento. Era un equipo formidable que no conocía la fatiga ni el desaliento, inclusive en los no pocos momentos desagradables que acarrearía la situación de conflicto en que nos encontrábamos. Seguimos siendo muy amigos.

La relación con los agregados militares fue tema más complejo. Por razones que no llego a entender, la actitud de varios de ellos con el Jefe de Misión era, por así decirlo, reticente. Quisiera decir que me fueron de gran ayuda; pero, con pocas excepciones, lamentablemente no fue el caso. En esto me fue valiosa la relación que tuve con los Embajadores de los Países Garantes del Protocolo de Río Janeiro, que no me escatimaban información sobre las cuestiones más importantes y urgentes, inclusive en el ámbito militar. Distinto era el caso del Agregado Civil Coronel EP retirado Rafael Córdova. Con solo seguimiento de los medios, podía hacer análisis bien estructurados y plantear escenarios realistas. Le guardo agradecimiento. Mantenemos especial consideración por el joven Agregado Policial Edilbrando Vásquez, que fue de permanente y apreciado apoyo y para quién lamentablemente no pude obtener de sus superiores que prolongaran su estada en Quito. Más adelante pasó a ser por años competente Agregado Civil y Administrativo de nuestra Embajada en Ecuador y nos mantenemos apreciada amistad.

El apoyo de la Cancillería

Debo reconocer que, en el caso de la Embajada en Ecuador, no fue solamente permanente, sino también gratificante, pues siempre sentí que el apoyo a nuestra tarea era total. Esto se traducía en la comunicación escrita y oral con las autoridades del Ministerio, que era casi diaria; y los frecuentes viajes que hice a Lima para tratar personalmente las fluidas ocurrencias del proceso en curso.

Todos esos contactos, empezando con el Canciller Efraín Goldenberg y luego del destacado académico e internacionalista Dr. Francisco Tudela van Breugel-Douglas fueron sumamente útiles por la posibilidad de compartir y complementar las informaciones y recibir las instrucciones de las que dependía nuestra tarea; y tratar detenidamente aspectos que iban desde los propósitos políticos que se percibían o intuían hasta las actitudes individuales de autoridades políticas y militares. Tal apoyo era especialmente valioso cuando hubo pocos días en que no apareciese algún tema particular y el ambiente en que se desarrollaba la relación era bastante tenso.

En síntesis, fue una experiencia singularísima. Mas allá de las difíciles circunstancias que exigieron todos los esfuerzos que pudimos hacer, quedó la convicción de que la paz los merecía, que el pueblo de Ecuador la deseaba y que el servir a nuestro país no fue solamente una obligación sino también un honor tan especial que lo agradeceremos siempre.